

POESÍA Y EXPERIENCIA ESPIRITUAL EN *TEMA* *INEFABLE* (1944- 1945) DE LUIS VALLE GOICOCHEA

Nécker Salazar Mejía*

Universidad Nacional Federico Villarreal
nsalazar@unfv.edu.pe

Fecha de recepción: agosto de 2022

Fecha de aceptación: diciembre de 2022

Resumen: Luis Valle Goicochea (1908-1953) es uno de los poetas peruanos cuya obra literaria merece una mayor lectura y valoración. Uno de los principales temas y tópicos de su producción lírica es la experiencia espiritual, que se inspira en su etapa de seminarista y en su vocación religiosa. El objetivo del presente artículo es realizar una lectura del poemario *Tema inefable* del autor, que permaneció inédito y se publicó póstumamente. El poemario,

* Nécker Salazar Mejía es docente universitario e investigador Renacyt calificado por CONCYTEC. Es doctor en Literatura peruana y latinoamericana por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, magíster en Literatura hispanoamericana por la Pontificia Universidad Católica del Perú y Licenciado en Lenguaje y Literatura por la Universidad Nacional Federico Villarreal. Es coeditor del libro *Churata desde el Sur*. Ha publicado artículos en revistas de literatura y en volúmenes colectivos. Actualmente, se desempeña como docente de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional Federico Villarreal, de la Escuela Universitaria de Posgrado de la Universidad Nacional Federico Villarreal y de la Unidad de Posgrado de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Código ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0691-4359>



que se impregna de un profundo sentido religioso, aborda la experiencia espiritual del poeta, a través de la afirmación de los valores cristianos, el significado ejemplar de la figura de san Francisco de Asís y la unión divina. La poesía de Valle Goicochea pone de manifiesto el encuentro con la divinidad como un signo de su búsqueda personal y espiritual.

Palabras clave: Luis Valle Goicochea, experiencia espiritual, poesía mística, poesía y religión.

POETRY AND SPIRITUAL EXPERIENCE IN *TEMA INEFABLE* (1944-1945) BY LUIS VALLE GOICOCHEA

Abstract: Luis Valle Goicochea (1908-1953) is one of the Peruvian poets whose literary work deserves further reading and appreciation. One of the main themes and topics of his lyrical production is the spiritual experience, which is inspired by his time as a seminarian and his religious vocation. The objective of this article is to carry out a reading of the poems of *Tema inefable* of the author, which remained unpublished and was published posthumously. The collection of poems, which is impregnated with a deep religious sense, addresses the spiritual experience of the poet, through the affirmation of Christian values, the exemplary meaning of the figure of Saint Francis de Assisi and divine union. Valle Goicochea's poetry reveals the encounter with the divinity as a sign of his personal and spiritual search.

Keywords: Luis Valle Goicochea, Spiritual Experience, Mystical Poetry, Poetry and Religion.

1. Introducción

Nacido en el pueblo de La Soledad, provincia de Pataz, en La Libertad, Luis Valle Goicochea (1908-1953) es un poeta cuya obra en verso y en prosa merece una mayor lectura y valoración de la crítica literaria. Luego de concluir los estudios secundarios en el Seminario de San Carlos y San Marcelo de la ciudad de Trujillo en 1926, donde nace su inclinación religiosa, viste los hábitos sacerdotales durante dos años, pero los abandona en 1929. Se inicia en el periodismo en Trujillo, centro cultural de mucha importancia en las primeras décadas del siglo XX y donde se desarrolló la actividad de conocidos poetas, escritores, artistas e intelectuales. Valle Goicochea traba amistad con Ciro Alegría, José Eulogio Garrido y Antenor Orrego, y se integra al Grupo Norte (Rivero-Ayllón, 2017).

En la década del 30, se traslada a Lima cumpliendo en parte “[e]l más frecuente sueño del artista provinciano, ese de instalarse y triunfar en Lima” (Alegría, 2004, p. 152). En la capital, escribe sus primeras producciones literarias, colabora en la revista *Variedades* y continúa cultivando el periodismo.

La dipsomanía y los problemas de salud afectan seriamente la vida personal del poeta, debido a lo cual es internado en hospitales por sus familiares en diversas oportunidades. No obstante, como lo sostiene Jorge Eslava, Valle Goicochea “en un afán de salvación espiritual, retoma el camino religioso” (2005, p. 12). Es el llamado “periodo franciscano” del poeta, que se inicia en 1943 y se extiende hasta 1945: “Viaja al Cusco y reside tres años como novicio en el Convento de La Recoleta” (Eslava, 2005, p. 12). Aun cuando algunos estudiosos de la obra de Valle Goicochea ponen en discusión la verdadera vocación religiosa del poeta, también se considera que dicho sentimiento era auténtico, de lo cual un indicador es el contenido de su poesía.

Una de las líneas temáticas que se desarrolla en la obra poética de Valle Goicochea se relaciona con su etapa como seminarista en el Convento de La Recoleta en el Cusco. El objetivo del presente artículo es analizar las manifestaciones de la experiencia espiritual del poeta mediante la lectura de una selección de poemas del libro *Tema inefable*, que escribió entre los años de 1944 y 1945. Proponemos como hipótesis que el contenido de este poemario reside en el tratamiento de dicha experiencia a través de la afirmación de los valores cristianos, el significado ejemplar de la figura de san Francisco de Asís y la unión divina. Creemos que, aun cuando las poesías de Valle Goicochea no describen necesariamente una experiencia excelsa y trascendente como sucede con los estados del alma y los procesos interiores de los poetas místicos expresados alegóricamente, se expone en ellas el encuentro con la divinidad como un signo de una búsqueda personal y espiritual del poeta en un periodo importante de su trayectoria vital y creativa.

Basándonos en estudios sobre poesía mística, nuestra lectura de los poemas seleccionados se centra en la experiencia religiosa de Valle Goicochea, que adquiere un especial significado en la expresión de los estados del alma del poeta. Ello se plasma a través de conocidos tópicos y motivos referidos a la pobreza material, el ejercicio de las virtudes cristianas y la unión del alma humana con Dios. Considerando que la obra de Valle Goicochea merece nuevas lecturas y asedios críticos, el estudio de la experiencia religiosa del autor es uno de los asuntos pendientes en la valoración de su producción lírica que puede

ofrecer un mayor conocimiento acerca de su proceso de creación y sobre sus fuentes de inspiración.

2. La poesía de Valle Goicochea ante la crítica

Valle Goicochea publicó en vida los siguientes poemarios: *Las canciones de Rinono y Papagil* (1932), *El sábado y la casa* (1934), *La elegía tremenda y otros poemas* (1936), *Parva* (1938), *Paz en la tierra* (1939), *Miss Lucy King y su poema* (1940) y *Jacobina Sietesolios* (1946). En la *Obra poética* (1974) del autor editada por Francisco Izquierdo Ríos con un prólogo de Aurelio Miró Quesada, se incluyen poemarios que se encontraban inéditos: *Amor acecha* (1939), *Sal* (1939), *Marianita Coronel* (1943) y *Tema inefable* (1944-1945), así como una sección de *Poemas sueltos*. En la edición *La pared torcida* (2005) de la poesía de Valle Goicochea realizada por Jorge Eslava, se incluye *Al oído de este niño* (1943-1944), que reproduce y amplía el poemario *Marianita Coronel*.

En la producción lírica de Valle Goicochea, destaca la poesía infantil con tiernas evocaciones de la niñez, como se puede apreciar en *Las canciones de Rinono y Papagil*, en cuyos versos se aborda la historia de un pajarito y de personajes sencillos en el marco de un ambiente aldeano. Para Miró Quesada (1974), los poemas representan “una reacción lozana y saludable frente a la retórica barroca y hasta a las estridencias “vanguardistas”: una verdadera vuelta a la sencillez” (p. 12). En *El sábado y la casa*, el ambiente aldeano del primer libro se mantiene, pero aparecen otros personajes domésticos; en ese universo familiar, sin embargo, aflora la muerte, existen impresiones de temor, predominan escenas de angustia, etc. Sebastián Salazar Bondy (1952) explica que el poemario “lleva implícito un sentimiento del tiempo”; en sus versos, aparece “la tristeza, un sentimiento penoso que es el espíritu mismo de la vida provinciana”; en ellos, “la muerte es parte de la vida, es una de sus caras” (p. 125).

La muerte es un tema clave que recorre la obra poética de Valle Goicochea. El libro *La elegía tremenda y otros poemas* “muestra un tono acentuado del tema de la muerte” y, en sus versos, se poetiza “una ausencia perdida en la eternidad” (Eslava, 2005, p. 33). *Parva* comprende poemas en prosa en los que se retoman los personajes y escenarios de sus primeros libros en un contexto bucólico. Miró Quesada afirma que “[t]odo el libro asemeja un retablo, con las estampas impregnadas de perfume de campo” (1974, p. 15). Tomando como referencia a la campiña de Moche, el poeta delinea otros tópicos y aborda las diferentes manifestaciones del agua con las implicancias y significados que tiene para la vida local, sin

dejar de lado los problemas asociados con su ausencia, en *Paz en la tierra*. Chrystian Zegarra (2012) sostiene que, al plantearse en el poemario temas como la realidad de la sequía, la desolación del campo desértico y el sufrimiento de la naturaleza abandonada, “la literatura se convierte en un factor crítico”, que, en el caso de nuestro autor, “adquiere dimensiones místicas para lanzar un reclamo a toda voz desde la otra faz de la realidad peruana” que se halla lejos “de las esferas del bienestar económico y social” (p. 18). Por otro lado, para la composición del poemario, el autor opta por el octosílabo tradicional y recurre al romance y a la copla como formas poéticas (Miró Quesada, 1974; Chang-Rodríguez, 1978).

Basado en un amor ficticio del poeta, *Miss Lucy King y su poema* toma distancia de los libros precedentes al utilizar procedimientos vanguardistas en su composición: “fantasía divagante, leve cosmopolitismo, abolición de la anécdota” (Eslava, 2005, p. 36). Ampliando los temas tratados en su poesía, el autor aborda la temática religiosa en el poema dramático *Jacobina Sietesolios*, que versa sobre los últimos momentos de la vida de san Francisco de Asís, guía espiritual del poeta. Valle Goicochea escribe dicho poema dramático mientras se encontraba en el Convento de La Recoleta en el Cusco. Entre los poemarios inéditos publicados póstumamente en la *Obra poética* del autor, la temática infantil es tratada nuevamente en *Marianita Coronel*, con ecos de música y canciones de niños, juegos infantiles y consejos (Miró Quesada, 1974); mientras que el asunto religioso se retoma a través de la experiencia espiritual del poeta en los claustros franciscanos en el libro *Tema inefable*.

Las palabras de Salazar Bondy (2014) nos ofrecen una valoración de conjunto del significado de la poesía de Valle Goicochea: “En sus delicados libros, están para siempre la infancia, el lar, los bosques, la luz, sus hermanos, los animales, las montañas, el juego, los sábados y la casa firme como un sábado infinito. En suma, su ser inocente y libre” (T. I, p. 312). Sobre la huella de la experiencia espiritual en la obra de creación del autor, Fray Abel Pacheco Sánchez y Nivardo Córdova destacan el especial vínculo que subyace entre la poesía de Valle Goicochea y los valores cristianos: “La poesía es la continuación de la obra creadora de Dios y los poetas auténticos, a imitación de Cristo, también cargan sobre sus hombros el dolor de la humanidad entera, para intentar encontrar un sentido a la existencia, sentido que finalmente solo se encuentra en Dios” (2011, p. 4).

3. La poesía mística y el encuentro con Dios

A partir de la experiencia de la divinidad que los poetas españoles del Siglo de Oro, como fray Luis de León, san Juan de la Cruz y santa Teresa de Ávila, plasman en sus obras, los estudiosos definen y caracterizan la mística como un estado espiritual de unión divina o de conocimiento directo de la divinidad que se produce gracias a su intervención, que, según Helmut Hatzfeld (1955), adviene como un don gratuito de Dios. De acuerdo con los tratados cristianos, el hombre llega hacia Dios siguiendo el “camino de la perfección”, que comprende ejercicios espirituales con los cuales el alma logra purificarse y alejarse de los placeres corporales y de las cosas materiales. Existen tres fases en este camino de purificación y acercamiento a Dios: la vía purgativa, en la que se busca la liberación del pecado con la mortificación y oración; la vía iluminativa, que consiste en el ejercicio de las virtudes imitando la vida de Cristo; y la vía unitiva, en la que el alma supera la “noche oscura” y llega a la unión espiritual con Dios.

Los estudios diferencian la ascética y la mística según su grado de acercamiento a Dios. La ascética comprende las fases purgativa e iluminativa, y la mística, la unitiva. La mística corresponde a la fase de la plenitud, es decir, de la perfección, que se alcanza gracias a la ayuda de Dios. Los místicos pasan por la etapa de purificación, por la “noche oscura” del alma, que antecede a la unión divina. El ejercicio de las virtudes y de la caridad es fundamental para lograr dicha unión. Según Hatzfeld, esta experiencia espiritual puede estar acompañada de “visiones, éxtasis, raptos exteriores, delirios, etc.” (1955, p. 13), y tiene un carácter inefable, pero puede ser sugerida mediante expresiones de naturaleza metafórica o simbólica. Hatzfeld (1964) sostiene que la expresión de lo inefable en la poesía mística se encuentra en sus “elementos constitutivos”, que comprenden “los motivos, los grandes símbolos, la paradoja y los elementos estilísticos evocadores, tales como la metáfora, la selección de vocablos, el ritmo poético, la musicalidad y la sintaxis” (p. 41).

Para Hernández Villalba (2011), una vez producida la experiencia mística, los poetas buscan la forma de comunicarla y lo hacen mediante procedimientos no referenciales. Al respecto, nos explica que “la experiencia mística es interna, personal y fuera de todo raciocinio”, ya que tiene una base “completamente emotiva”, por lo que “no puede comunicarse de manera discursiva dentro de un parámetro temporal y referencial” (p. 16). No obstante, las vivencias y los estados interiores deben transmitirse, para lo cual los poetas místicos emplean recursos no lógicos, lo que distingue a su creación poética, de modo

que, desde este punto de vista, “la experiencia es comunicable, pero no desde una índole discursiva ‘directa’, sino indirecta o ‘desviada’” (p. 17).

Hatzfeld afirma que “[e]l motivo de toda poesía mística es el amor abrasador del alma por Dios” (1964, p. 41), es decir, la experiencia de la unión divina o la “compenetración amorosa de esencias espirituales”. Por otro lado, para manifestarse, este amor se vale de los símbolos de “la noche oscura y del matrimonio”, que se presentan, por ejemplo, en la poesía de san Juan de la Cruz, modelo del misticismo español. En el plano de la expresión, la paradoja, elemento fundamental desde el punto de vista estilístico, se convierte en el rasgo esencial del misticismo (Alonso, 1981), de tal modo que el “excelso simbolismo” referido a la unión amorosa es envuelto “en una red de obstáculos paradójicos” (Hatzfeld, 1964, p. 52). Además, la manifestación del lirismo amoroso se plasma a través de recursos lingüísticos y estilísticos evocadores que se encuentran relacionados con el empleo predominante de sustantivos en lugar de verbos, la ausencia de adjetivos e imitaciones de carácter rítmico, musical y sintáctico del sentir (Alonso, 1981).

4. La experiencia espiritual en *Tema inefable* de Valle Goicochea

Para Valle Goicochea, la vía religiosa constituye una experiencia de especial valor, ya que se convierte en una búsqueda de sí mismo con el objetivo de encontrar un sentido a la vida. Por ello, ingresar al Convento de La Recoleta en el Cusco, donde permanece de 1944 a 1947, significó ir al encuentro con la divinidad, sentir su presencia y hallar la paz espiritual. Al respecto, Miró Quesada (1974) nos dice:

Como en sus días de seminarista, Valle Goicochea pensó entonces que la única manera de salir de la angustia era buscar el reposo de un convento, despreocuparse de zozobras externas y acercarse de nuevo a todas las criaturas sin malicia, como para unirse con sus voces en una especie de alabanza al Señor. En suma, buscar la huella de luz y de ternura del *Poverello*, San Francisco de Asís. (p. 18)

En particular, sus años de noviciado fueron una fuente de creación poética inspirado en la figura franciscana: “No podía olvidar la poesía —San Francisco por cierto era poeta y cantaba al hermano Sol, la hermana Luna, “hermanas estrellas y hermanos gusanos”— y

escribió entonces muchas composiciones de inspiración religiosa no propiamente mística” (Miró Quesada, 1974, p. 18). Fruto de su experiencia religiosa es la composición de su poemario *Tema inefable*, que se escribe entre los años de 1944-1945 y se publica en forma póstuma como parte de su *Obra poética* en 1974. Conformado de veintinueve poemas, el título del poemario hace referencia a la imposibilidad de expresar con palabras experiencias vividas por el poeta asociadas con estados del alma y la presencia de la divinidad, como sucede con la poesía mística. Esta dificultad, sin embargo, no es absoluta, ya que el lenguaje utilizado en el poemario logra comunicar la experiencia personal y espiritual del sujeto lírico.

Los poemas de *Tema inefable* tienen extensión variada, están escritos en diferentes tipos de versos y estrofas, se caracterizan por el empleo de metáforas, símiles y símbolos, entre otros recursos expresivos, y la utilización de un léxico conformado por expresiones sencillas que denotan ternura y pertenecen a la tradición religiosa. En sus versos, la experiencia espiritual del poeta se expresa a través de temas y tópicos relacionados con la iniciación de la vocación religiosa, el cultivo de los principios cristianos, la humildad del poeta, el valor de la caridad, el modelo de san Francisco de Asís, el amor hacia el prójimo y el encuentro con la divinidad. En los poemas, predominan la invocación y la plegaria, por lo que en ellos se pone de relieve la subjetividad del poeta; por otro lado, algunas poesías siguen un diseño dialógico cuyo destinatario es la divinidad.

4.1. Vocación religiosa y principios cristianos

Los poemas de Valle Goicochea describen su vocación religiosa y el cultivo de las virtudes cristianas. Los versos ahondan en la transparencia de las palabras, la misión del poeta, el reconocimiento de los defectos personales y la declaración de la pobreza material del cristiano auténtico. Conformado de tres estrofas, el poema “Óyeme, caridad...” aborda dos temas claves para conocer el alma del buen cristiano: la transparencia en la expresión y su entrega hacia los demás. En los primeros versos, el poeta le solicita a la caridad: “Concédeme el hallar limpias palabras / que sean como gotas de rocío” (2005, p. 253); esta petición busca que la expresión de los sentimientos del alma sea auténtica.

Se trata de una condición que el yo lírico debe cumplir para poder establecer un vínculo con la divinidad: “Ciega el reproche sórdido en mis labios, / tala por siempre sus acentos duros” (2005, p. 253). Mediante expresiones metafóricas basadas en las connotaciones que sugieren los significados de conocidas sustancias líquidas como el simbolismo de las acciones asociadas a ellas, el poeta pone de manifiesto la misión que debe realizar en bien

de los demás: “Haz de mi corazón como una fuente / que se desborde con tus aguas vivas, / linfas que a toda sed, caritativas, / se brinden frescas, melodiosamente...” (2005, p. 253).

Además de la necesidad de expresarse con transparencia, el poeta reconoce sus defectos, por lo que sus versos adquieren un sentido reflexivo no exento de la propia autocrítica. En ese sentido, el poema “Sordidez” se presenta como una meditación personal en la que el poeta indaga sobre sus defectos, a lo que sigue un autorreproche al reconocer no haberse mostrado con sinceridad ante las personas necesitadas:

Di lo que desbordaba mi tesoro,
no sacrifiqué migaja de mi pan.
Bien lo sabes, Señor: solo me queda
la frente doblegar. (2005, p. 283)

En los versos, adoptando la forma de una autoconfesión, el sujeto lírico reconoce que no correspondió a los demás como debía hacerlo de acuerdo con los principios cristianos, testigo de lo cual es la divinidad. Este mismo autocuestionamiento domina a lo largo del poema. Así, el poeta reconoce que sus gestos de desprendimiento no eran verdaderos: “No quité mendrugo de mi boca, di / solo lo que mi hartura quiso dar” (2005, p. 283), lo que demuestra que no solía compartir con el prójimo en los términos de una sincera fraternidad.

En sentidas palabras que enfatizan su nula práctica de los principios cristianos, el sujeto lírico reconoce haber sido indiferente e indolente frente a quien necesitaba lo que él podía ofrecer: “Nunca pedí, duro de mí, una gota / a mi vaso repleto y desleal / para la sed ajena: / lo tengo que llorar” (2005, p. 283). Luego de aceptar haber actuado sin poner en práctica las virtudes cristianas o alejado del verdadero amor al prójimo, el sujeto lírico realiza un acto de contrición: “Por la buena palabra que no dije, / y por lo que robé a la caridad, / perdóname Señor, que la alborada / contrita se hace ya...” (2005, p. 283).

A pesar de sus defectos, que lo llevan a solicitar el perdón divino, el poeta declara poseer una sencillez franciscana y virtudes cristianas, tal como lo expresa en el poema “Íntima”: “Me siento un hombre bueno y de todos / hermano, / soy el dueño inocente de sencillos proyectos, / tembloroso habitante del mundo franciscano, / con la amistad constante de flores y de / insectos” (2005, p. 259). Las palabras revelan franqueza del espíritu

y cualidades cristianas como generosidad, fraternidad, modestia y amistad, sin establecer diferencias o distinciones entre los seres.

Expresando un hondo sentir, el poema “Resignación” demuestra la vocación cristiana del poeta y su fortaleza espiritual, que nace del estado de pobreza que caracteriza al alma cristiana auténtica. Al comenzar, el yo lírico nos dice: “Dame el sufrir, si ya llegó la hora: / Me doblego a las pruebas que me envías” (2005, p. 272). Es decir, el poeta asume el compromiso del hombre de bien para quien el sufrimiento es sustento de un camino de vida; por ello, invoca a Dios: “¡Contempla con mirada bienhechora, / Señor, la tala de mis alegrías!” (2005, p. 272). Empleando metáforas y expresiones que tienen ecos de la tradición poética, se ahonda en el desprendimiento material proyectándose la imagen de un verdadero cristiano que recibe el amor procedente de la divinidad:

De mi panal tomad todas mis mieles:
Nada me importa si Su amor me mira.
Unten mi boca merecidas hieles,
nada me importa si Su amor me inspira. (2005, p. 272)

Los versos reafirman la fortaleza espiritual del poeta, de tal modo que inclusive aceptando condiciones que lo desfavorecerían, estas no llegarían a afectarlo, ya que se encuentra protegido gracias a la intervención de Dios.

4.2. San Francisco de Asís como modelo del poeta

En varios poemas del libro, san Francisco de Asís aparece como el modelo de las virtudes cristianas y guía espiritual del poeta. Así, en “Al oído de mi seráfico padre”, se establece un vínculo entre el sujeto lírico y el Padre san Francisco como destinatario de sus palabras. En los primeros versos, el poeta manifiesta su desconcierto ante una experiencia trascendente que lo envuelve de felicidad: “Ahora soy un niño tembloroso, / el alma llena de inefables cosas / mas si una acierto a referir, mi propia / felicidad me azora” (2005, p. 251). Confesando que no es merecedor de los dones que recibe del Padre san Francisco, el yo lírico pone énfasis en la dificultad que representa para él vivir ese estado trascendente, así como en la contradicción de verse beneficiado sin esperarlo: “Me aturdo como un niño que de pronto / ve llegar mil presentes adorables: / no caben todos en sus brazos, mira / incrédulo y feliz a todas partes” (2005, p. 251).

En los versos, se va afirmando el lazo espiritual entre el yo lírico y la figura divina, impulsado por la confianza que aquel siente y por el deseo de compartirle sus secretos, tal como se expresa en las siguientes imágenes: “un rayo de luz hay en mis ojos / y un soplo de tu espíritu en mis versos” (2005, p. 251). En la experiencia que vive el yo lírico, adviene la presencia del Padre san Francisco y asistimos al portento de una iluminación en armonía con la espiritualidad. El hablante lírico declara que “[s]oy ahora un rapaz con el deseo / de tal pureza que replica al cielo” (2005, p. 251), por lo que su experiencia adquiere un mayor grado de expresión. Los versos finales del poema reflexionan sobre el valor espiritual que significa ser escuchado por el Padre san Francisco, pues es un ser “sin sombras en el alma”, es decir, sin manchas o pecados, que “respirando anhelo abre fantásticos, / muy grandes, contemplándote, los ojos...” (2005, p. 251).

“Profesión” es un poema que nos propone una línea de lectura relacionada con la vocación religiosa del poeta. La iniciación en la vida espiritual es un momento de especial significado en el proceso de formación del seminarista que se reafirma con los votos que debe declarar el futuro sacerdote. En la primera estrofa del poema, invocando a san Francisco, el hablante lírico celebra la pobreza material y el sentimiento amoroso: “Padre: tengo mi dicha en la pobreza / y un gran amor, aquel que has escondido / en este corazón inmerecido / colmándolo de paz y de belleza (2005, p. 252). En la segunda estrofa, el alma del poeta se revela sin ningún tipo de ocultamiento, a lo que se añade que el propio enunciador lírico declara que no hay simulación alguna en la expresión de sus sentimientos: “Francisco de Asís, yo te descubro / el tesoro infantil de mis secretos: / ninguna aparto, Padre, ni una encubro / de las cositas de mi reino inquieto” (2005, p. 252).

En el poema, conocemos la “desnudez espiritual” del poeta, condición ideal que manifiesta su vocación cristiana y su integridad moral. En ese mismo orden, actúa la referencia a la pobreza material, ya que la carencia de cosas o bienes terrenales en lugar de su ostentación y exteriorización es signo de un sentimiento cristiano verdadero. Por ello, el enunciador lírico declara en la última estrofa:

En no tener yo mi riqueza,
tengo mi propia desnudez vestido,
y un gran amor, aquel que has encendido
como custodio fiel de mi pobreza. (2005, p. 252)

De este modo, el poema “Profesión” aborda la iniciación religiosa del poeta con su declaración de votos de pobreza material y la expresión de su sinceridad. Un mayor despertar del amor cristiano gracias a la protección de san Francisco ahonda aún más en su vocación. Al referirnos el comienzo de una vida espiritual consagrada a la práctica de los valores cristianos, los versos ensalzan la figura franciscana, que tiene un significado especial para el poeta.

Conformado de seis estrofas, el poema “Plegaria a San Francisco” se centra en el compromiso del sujeto lírico de poner en práctica el mensaje y los valores de san Francisco de Asís, a quien toma como modelo y ejemplo de las virtudes cristianas. En el trazado del poema, sucesivamente se reitera la voluntad del poeta de actuar imitándolo, de lo cual son una muestra las expresiones “Hago lo que hacías y haré lo que haces” y “Padre, haré lo que haces en tus hijos santos” (2005, p. 255). Desde la intencionalidad del poema, dichas declaraciones tienen por finalidad enfatizar el compromiso del poeta de replicar las enseñanzas de san Francisco de Asís en bien de los prójimos.

En la primera estrofa, el poeta manifiesta no ser merecedor de los dones que recibió: “Santo Padre mío, no me siento digno / de los claros dones que das a mi vida” (2005, p. 255); con ello, se realza la humildad del poeta. Compartiendo pesar y sufrimientos que “hacen mi tristeza, causan mis dolores”, el sujeto lírico se presenta convencido de las enseñanzas franciscanas: “... me doy en amores / y claras ternuras” (2005, p. 255), como lo señala en la segunda estrofa.

En la tercera y cuarta estrofa, el yo lírico, poniendo en práctica los valores cristianos, asume el dolor ajeno identificándose con los demás: “Los de mis hermanos son mis sinsabores, / son las de los otros, mis tristezas pías” (2005, p. 255). Ello se expresa en armonía con la observancia divina que se preocupa de velar por la existencia y la condición humana: “¡tú lo sabes, Padre, porque tú lo has visto!” (2005, p. 255); así, la divinidad atestigua las prácticas cristianas contemplando la acción humana desde el universo celestial.

Con la máxima de que “haré lo que haces”, en la quinta estrofa, el poeta describe lo que implica el ejercicio de la caridad y el servir a los demás, lo que se consigue “dando su esperanza, curando quebrantos / y haciendo la gloria de Cristo tu gloria” (2005, p. 255). Las virtudes que caracterizan a san Francisco de Asís como dechado del cristianismo inspiran un mayor compromiso del poeta en bien de los fieles que acuden al recinto sagrado de la Iglesia para expresar su fe:

Padre, haré lo que haces en tus hijos fieles
 que al seguro alero ceñidos del templo,
 silenciosamente prodigan sus mieles
 al secreto impulso de tu bello ejemplo... (2005, p. 255)

El poema consagra la figura franciscana como un modelo de bien, de enseñanza y de valores que sirve de guía a los fieles conduciéndolos por un buen camino. Comprometiéndose a seguir sus pasos y logrando que san Francisco de Asís sea testigo de las acciones que realiza por el prójimo y los necesitados, el enunciador lírico refuerza sus convicciones cristianas y su vocación por los demás.

El poeta ratifica su vocación cristiana en el poema “San Francisco”. A través de versos de viva emoción e intensidad, el yo lírico expresa un sentimiento de alegría: “Clarisas, desata / tus corolas amplias. / Llénate de trinos / silencio dormido”, pues “estamos de fiesta” (2005, p. 272). En su recorrido, los versos elevan la voz del poeta hacia san Francisco de Asís para pedirle que sea testigo de su entrega como fiel seguidor y vea “el sacrificio / de unos de tus hijos”, pues el seminarista va hacia él. Por eso, el sentido de la alegría reina en el poema y se reitera al final: “¡Júbilo, desata / tus músicas francas!” (2005, p. 272).

4.3. La unión espiritual con Dios

En los poemas de Valle Goicochea, la unión con la divinidad atraviesa diferentes grados de aproximación, que van desde las ansias de querer ver y oír a Dios hasta la obtención de su gracia. En ese marco, los poemas describen diversos estados del alma, que nos refieren la identificación del poeta con el sufrimiento de Cristo, su deseo de encontrarse con Dios, la necesidad de escucharlo y verlo, la turbación del poeta ante la presencia divina, la intervención de Dios, la iluminación del alma humana y la huella de la voz divina en las palabras del poeta. Mediante recursos estilísticos y expresiones que se distinguen por su sencillez y claridad, aflora la experiencia espiritual sin la densidad semántica del lenguaje alegórico propio de la poesía mística. En los poemas, la descripción de los estados del alma contiene elementos de la experiencia mística, pero sin llegar a estados excelsos o a una plenitud trascendente.

En “Plegaria mínima”, asistimos a la identificación del poeta con el sufrimiento de Cristo. Invocando su bendición: “Señor, bendice mi tristeza / y así por Ti, será fecunda” (2005, p. 274), el hablante lírico expresa una tristeza muy profunda al evocar el padecimiento de Cristo —con resonancias de su sufrimiento camino al Gólgota—. El dolor lo une a

Cristo: “Mi tristeza trémula se enciende / por las congojas que padeces: / en tu dolor su llama prende, / en sus entrañas permaneces...” (2005, p. 274). En tal sentido, el alma del poeta se adhiere al Mesías compartiendo con pesar su sufrimiento y acompañándolo espiritualmente en su doloroso trance.

El poema “Satis” revela el vivo deseo del poeta de encontrarse con Dios mediante loores o loanzas que le permitan llegar hacia Él. Para el hablante lírico, la alabanza a Dios es primordial para poder establecer un lazo de unión espiritual: “Basta que el Señor me mire / y que mi lengua te alabe; / viéndole al cantor expire / en sus loanzas acabe” (2005, p. 262). La palabra, ya sea a través de la loa o el canto, cumple un rol decisivo para lograr la comunicación espiritual, pues adquiere un carácter dialógico. Para alcanzar ese propósito, es importante la absoluta concentración del yo lírico: “Otra dicha no comprende / el alma siempre suspena: / otra palabra no entiende, / cosa diversa no piensa” (2005, p. 262). El poeta confía plenamente en Dios, en quien encuentra paz y fuerza espiritual; además, la poesía se convierte en el medio ideal para cantarle alabanzas: “Y mi esperanza está en Él / que es sosiego y fortaleza, / dora mis versos su miel / y yo canto su belleza” (2005, p. 262). En el poema, sobresale el valor de la palabra para transmitir la experiencia espiritual y llegar hacia Dios, quien inspira los versos del poeta.

El poeta busca aproximarse a Dios y manifiesta sus ansias de oírlo y verlo en el poema “Él”. Hallándose solo, el sujeto lírico decide hablarle a la divinidad, quien acude a su llamado: “su dulce voz entonces / resonó en mis soledades” (2005, p. 260). Para el poeta, el solo escuchar la voz divina es suficiente, pues se conforma sintiendo su presencia: “Le escuchaba y no le vía / pero el oírle bastábame” (2005, p. 260). No obstante, el poeta intenta buscar a Dios y poder verlo, pero sus intentos resultan vanos: “Erraban mis pobres ojos / por todo confín buscándole” (2005, p. 260). La presencia divina se siente alrededor del poeta: “Mi Señor estaba allí”, “Que Él estaba y no le vía / lo sentí en mi voz tremante” (2005, p. 260).

Un momento especial entre las fases de la experiencia mística es llegar hacia Dios y que quien va en su búsqueda logre ser ungido; el poeta nos lo refiere en los siguientes versos: “Cuando un lento arrobamiento / iba ganando los aires, / una paz maravillosa / vino como a cobijarme... / Mi Señor quedó conmigo / en un silencio adorable; / hubo mieles en mi pecho / y un florecer en mi sangre” (2005, p. 260). Los versos describen un instante único que llena de placer al alma del poeta y que es un estado de arrobamiento, que despierta una paz interior en él; tales experiencias no podrían quedar completas ni ser definitivas si no se

produce el verdadero renacer del alma humana, como se alude metafóricamente en el verso final.

En la línea del poema anterior, se halla “Loorcillo”, donde se proyecta un espacio de encuentro “mientras mi Señor se asoma / al mundo de mis afectos” (2005, p. 261). Al igual que en los otros poemas de Valle Goicochea, los versos subrayan la disposición y la voluntad del sujeto lírico para sentirse en condiciones de recibir la dicha divina, por lo que no puede haber razón alguna para “truncar mi destino hallado / a costa de ansia y tiempo” (2005, p. 261). En ese trazado, el camino espiritual del poeta se halla marcado por un antes y un después, lo que se infiere del cambio que se produce en él a raíz de su encuentro con la divinidad: “En mi barro miserable / flor su loto eterno. / Vuelve así dignificado / para servirle, mi cuerpo” (2005, p. 261).

Dividido en dos estrofas que establecen, igualmente, dos apartados, el poema “Ocaso” describe un estado de desconcierto que afecta al poeta, tal como se alude en el simbolismo del título. En el primer apartado, dicho desconcierto es predominante: “Temo la luz balbuceante, / me estremecen sus vagos tonos / y nada puede apaciguarme / si quedo en tus abismos hondos” (2005, p. 271). En los versos, la tenue luz que se diluye sin poder conservar la claridad que posee durante el día genera una contrariedad en el alma del poeta, lo que se expresa a través del temor. En clave metafórica, el poema nos habla de “unos ojos locos” que se abren “sin parpadear” para revelar el extremo al que se puede llegar debido al impacto de esas contrariedades: “¡como si a una desesperanza / a abandonarse fuera todo” (2005, p. 271). En el segundo apartado, se produce la intervención divina, cuya finalidad es ofrecer ayuda al yo lírico. Luego de la incertidumbre, contrariedad, turbación, etc., que experimenta el yo lírico, se despliega la bondad de Dios para ofrecerle protección y salvación: “yo miro al cielo y me confío / al ala fuerte que a mis hombros / prende, sin decir palabra, / mi Señor misericordioso...” (2005, p. 271).

El poema “Nocturno” sitúa la experiencia espiritual del poeta en el marco de la noche iluminada por la Luna. Los primeros versos aluden a dificultades que afectan al poeta: “Una ráfaga salobre / me golpea la garganta, / y después de hendir violenta / mis desolaciones, pasa” (2005, p. 268). Estas contrariedades adquieren diversas manifestaciones que, no obstante, podrán superarse gracias a la intervención divina. Ese escenario plantea puntos de mayor inflexión que impiden obrar al poeta, por lo que implora a Dios en busca de su ayuda: “Nudo de mis manos trémulas / que imploran, Señor, tu gracia; / nudo de mis manos trémulas / que a desatar nada alcanza” (2005, p. 268). En el poema, la oración, que

es el puente de comunicación con la divinidad, se realiza temblorosamente, lo que denota un estado de tensión en el poeta que puede obnubilarlo, pero que no se llega a concretar.

Los siguientes versos remarcan el contraste entre la luminosidad reinante en la noche y la dificultad que siente el poeta al no poder hallar palabras que le permitan expresar su interioridad:

Luna llena sobre el mundo
y a despecho de luz tanta
no brilla para la trova
en su busca de palabras. (2005, p. 268)

En la experiencia mística se ansia la llegada de la unión con la divinidad, pero, para alcanzar dicho estado, muchas veces, se presentan dificultades que, con diferentes grados de manifestación, retrasan dicho encuentro. En los versos que comentamos, la soledad se apodera del poeta, a lo que se suman el silencio y la ausencia del calor de la amistad; es un trance que posterga la llegada al ser divino: “no hay un solo pecho amigo / que acompañe a mi esperanza, / ni llega la paz que espero / para decir mi plegaria...” (2005, p. 268). No obstante, luego de esas limitaciones, se produce la intervención divina: “Mas de pronto va trocándose / el alma en iluminada” (2005, p. 268), por lo que el yo lírico se siente con mayor confianza gracias al impulso espiritual que le proporciona la iluminación de Dios: “El Señor mira sonriendo / que el bueno viene en mi alianza” (2005, p. 269).

La luz, asociada tradicionalmente a la expresión divina y al universo celestial, no solo se proyecta sobre el alma humana produciendo en ella una transformación, sino que su naturaleza benéfica alcanza a todo lo que se encuentra en derredor:

¡Cómo se ilumina el ámbito!
El mismo silencio parla.
¡Qué dulzura en la distancia!
¡Qué músicas en el alma! (2005, p. 269)

En el trance que vive el poeta, desde un estado inicial de contrariedades que impide ser iluminado por Dios y sentir su presencia, se va configurando un escenario que hace posible el encuentro gracias a la intercesión divina. En ese curso, los versos finales del poema

aluden a la superación de la inexpresividad que limitaba inicialmente al poeta: “Ya la trova va a decirse / pues encontró las palabras...” (2005, p. 269).

En el último poema del libro, “De estos versos”, se enfatiza que la fuerza divina es quien habla a través del poeta: “De estos versos sencillos que digo / hace gracia el Señor a mis labios” (2005, p. 284). Con metáforas que describen la intervención divina para iluminar el pensamiento y la palabra del poeta, cuya voz “no sabe de agravios”, se despliega el poder de la inspiración que aquieta al alma, contiene su pesar y brinda serenidad a su expresión: “Es un don el rocío que deja / un frescor en violenta corola, / presta un dulce sabor a mi queja / y de fuerza tranquila me aureola” (2005, p. 284). Por medio de la gracia de Dios y los dones que le concede al poeta, las palabras se cargan de especial sentido y valor para sobrellevar y superar las adversidades que enfrenta el alma humana: “Y mis versos son linfa y ternura / contra tiempos ardientes y duros, / miel que temple cualquier amargura / luz que irrumpe en cien mundos oscuros...” (2005, p. 284). Contrastando con fuerzas opuestas que pueden actuar sobre el hombre, las palabras adquieren dulzura y ternura por obra de la luz divina, y se revisten de poder para transformar al alma humana.

5. Conclusiones

La experiencia espiritual es una de las líneas temáticas de la obra poética de Luis Valle Goicochea, tal como se puede observar en el libro *Tema inefable*. Dicha experiencia, que contiene algunos elementos de la poesía mística, se inspira en la etapa de seminarista del autor y describe los estados interiores del alma humana al entrar en contacto con Dios. Los poemas emplean metáforas, símiles y símbolos, así como un léxico de expresiones sencillas aunque sin llegar a la densidad semántica del lenguaje alegórico de la poesía mística. Estos recursos adquieren singular relieve en su producción literaria, ya que definen una personalidad propia y constituyen un aporte a la tradición poética peruana de la primera mitad del siglo XX. En el libro, se configura una imagen del yo lírico caracterizada por la humildad y la pobreza material que recibe los dones de la divinidad; igualmente, el poeta reconoce sus defectos y reprocha su alejamiento de las virtudes cristianas para, luego, invocar a Dios en busca de su ayuda.

Por otro lado, en los versos, la huella y las enseñanzas de san Francisco de Asís calan hondamente en el poeta, quien lo considera como el modelo que se debe seguir para actuar con humildad y entrega de buen cristiano en el camino de la vida. En el poemario, la experiencia espiritual del yo lírico alcanza su mayor expresión en la unión divina, que,

sin llegar al éxtasis o a estados indescriptibles que son propios de la poesía mística, revela los estados por los que atraviesa el alma del poeta al sentir la presencia y la iluminación de la divinidad. En tal sentido, la valoración de la poesía de Valle Goicochea nos debe llevar a apreciar estas líneas de lectura que nos permiten comprender el papel que cumple la experiencia espiritual del poeta como fuente de inspiración de su obra de creación y de su vida personal.

Referencias

- Alegría, C. (2004). *Novela de mis novelas* (R. Silva-Santisteban, Sel., Pres. y Cron.). Ediciones del Rectorado de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Alonso, D. (1981). *Poesía española. Ensayo de métodos y límites estilísticos* (5.ª ed.). Gredos.
- Carpio Ponce, Fr. E. (2011). Presentación. En L. Valle Goicochea, *Poemas franciscanos* (Fr. A. Pacheco Sánchez y N. V. Córdova Salinas, Est. y Comp.) (p. 3). Rimactampu, Ediciones Urgentes.
- Chang-Rodríguez, E. (1978). LUIS VALLE GOICOCHEA. Obra poética. Compilación de Francisco Izquierdo Ríos; prólogo de Aurelio Miró Quesada. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1974. *Revista Iberoamericana*, 44(102-103), 253-256. <http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/3262>
- Eslava, J. (2005). Prólogo. En *La pared torcida. Poesía completa de Luis Valle Goicochea* (pp. 5- 38). Fondo Editorial Universidad Alas Peruanas.
- Hatzfeld, H. (1955). *Estudios literarios sobre la mística española*. Gredos.
- Hatzfeld, H. (1964). Los elementos constitutivos de la poesía mística (San Juan de la Cruz). *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 17(1/2), 40-59. <https://nrfh.colmex.mx/index.php/nrfh/article/view/1509/1502>
- Hernández Villalba, A. (2011). Misticismo y poesía: elementos retóricos que conforman la estética mística. *Revista de El Colegio de San Luis*, 1(2), 10-34. <https://revista.colsan.edu.mx/index.php/COLSAN/article/view/495>
- Miró Quesada, A. (1974). Prólogo. En L. Valle Goicochea, *Obra poética* (pp. 11-21). Instituto Nacional de Cultura.

- Pacheco Sánchez, Fr. A. y Córdova Salinas, N. (2011). Estudio. En L. Valle Goicochea, *Poemas franciscanos* (Fr. A. Pacheco Sánchez y N. Córdova Salinas, Est. y Comp.) (pp. 4-21). Rimactampu, Ediciones Urgentes.
- Rivero-Ayllón, T. (2017). *Valle Goicochea. La soledad y la noche*. Trilce Ediciones.
- Salazar Bondy, S. (1952). “El sábado y la casa”: tiempo y memoria. *Letras peruanas*, 2(8), 125.
- Salazar Bondy, S. (2014). *La luz tras la memoria. Artículos críticos sobre literatura y cultura (1945-1965)* (T. I) (A. Susti, Ed.). Lápix editores.
- Valle Goicochea, L. (1974). *Obra poética* (A. Miró Quesada, Pról.; F. Izquierdo Ríos, Comp.). Instituto Nacional de Cultura.
- Valle Goicochea, L. (2005). *La pared torcida* (J. Eslava, Pról.). Universidad Alas Peruanas.
- Valle Goicochea, Fr. L. (2011). *Poemas franciscanos* (Fr. A. Pacheco Sánchez y N. Córdova Salinas, Est. y Comp.). Rimactampu, Ediciones Urgentes.
- Valle Goicochea, L. (2012). *Hilvanes: poemas & crónicas (1926-1952)* (C. Zegarra, Ed. Pref.). Hipocampo Editores.
- Zegarra, C. (2012). Prefacio. En L. Valle Goicochea, *Hilvanes: poemas & crónicas (1926-1952)* (pp. 9-18). Hipocampo Editores.